

15/2

TORERIAS

REVISTA TAURINA DE GRAN INFORMACION

Redacción, Administración y Talleres: BRAVO MURILLO, 30-TELÉFONO 42124

AÑO XV

MADRID, 19 DE AGOSTO DE 1934

NÚM. 75 o/



IGNACIO SANCHEZ MEJIAS

ha
muerto.
Fatal
destino
de los
que
ponen
cuanto
son y
cuanto
valen
al
servicio
de la
fiesta.



▼
Descanse
en paz.

Precio:
20 cts.

HA MUERTO SANCHEZ MEJIAS

¡¡VIVA SANCHEZ MEJIAS!!

Algo que puede interesar a los aficionados de este gran torero es siempre emocionante

Una anécdota. Una vida. La muerte es una anécdota en perenne silencio. Ante el cadáver de Ignacio Sánchez Mejías, envuelto en una sábana, recordábamos varias, múltiples anécdotas de su vida. Y como rosario póstumo, las íbamos desgranando en nuestro cerebro, en tanto que hombres hechos y derechos entraban y salían de puntillas por aquellas galerías curvadas del Sinatorio, donde una estela de lágrimas y sollozos nos llevaba al recinto de la desesperanza.

Soñábamos en secreto. Como sueñan los enamorados de un ideal. Y con el recuerdo de las anécdotas de su vida, pretendíamos dar hálito ideal a aquel cuerpo inerte. El tono rosa de la anécdota optimista, al chocar con el color de cera virgen de aquella frente creada para el despejo, se rompía en haces de luz, que iban a morir, marchitos, en el claro sol agosteño, que entrara por el ventanal de la cámara mortuoria. ¡Si les diéramos vida! Vamos a intentarlo. Ya que nuestra impotencia no valga, en nuestra pe-

queñez mortal, para estimular la resurrección de la carne, estimulamos la resurrección del espíritu, que no otra cosa es el recuerdo. Y contándoles a ustedes unas anécdotas de la vida inédita de Ignacio, contribuiremos a la mayor ofrenda del torero muerto. A la ofrenda póstuma, que sólo es dable a los héroes. La ofrenda del reconocimiento sincero, de sus sinceras virtudes. Por ello, esta información extensa que nos proponemos no es una curiosa interpretación, ni un franco reportaje; es ayudar a recordar, con palabras y gestos de Ignacio, la vida torera de Sánchez Mejías.

Que no os interesa, ¡bueno!; defecto de nuestra propia incapacidad. Que os interesa; pues veremos colmados nuestros deseos. Que no, son otros que contribuir a que se le haga justicia, en esa hora última, en que por lo general se miente más, que en la hora de los triunfos terrenos. ¡Que ya es mentir!

Sánchez Mejías, sobre todo merece, después de muerto, este sencillo homenaje.

Un homenaje revestido de sinceridad. ¡Que no es poco!

LO QUE YO FUI EN EL TOREO

DECLARACIONES INEDITAS DE IGNACIO SANCHEZ MEJIAS

Debajo, el mar. A lo lejos, como el ex libris de dos sevillanos insignes, dos barquillas de vela, gemelas y airosas.

En la habitación del hotel Royal, que da a ese mar azul y tranquilo como la consciencia de una vestal, un torero y un periodista fraterno. El periodista, no hace al caso. El torero, no es otro que Sánchez Mejías.

El periodista, escucha; el torero, habla. Y habla mucho, y muy pausado, recreándose en el azul del mar, como si quisiera ganarle en competencia de color, a sus ideas. La conversación, mejor dicho, el monólogo, surge lento, suave, como se escapa el agua de la baja mar, de las arenas crujientes de la playa...



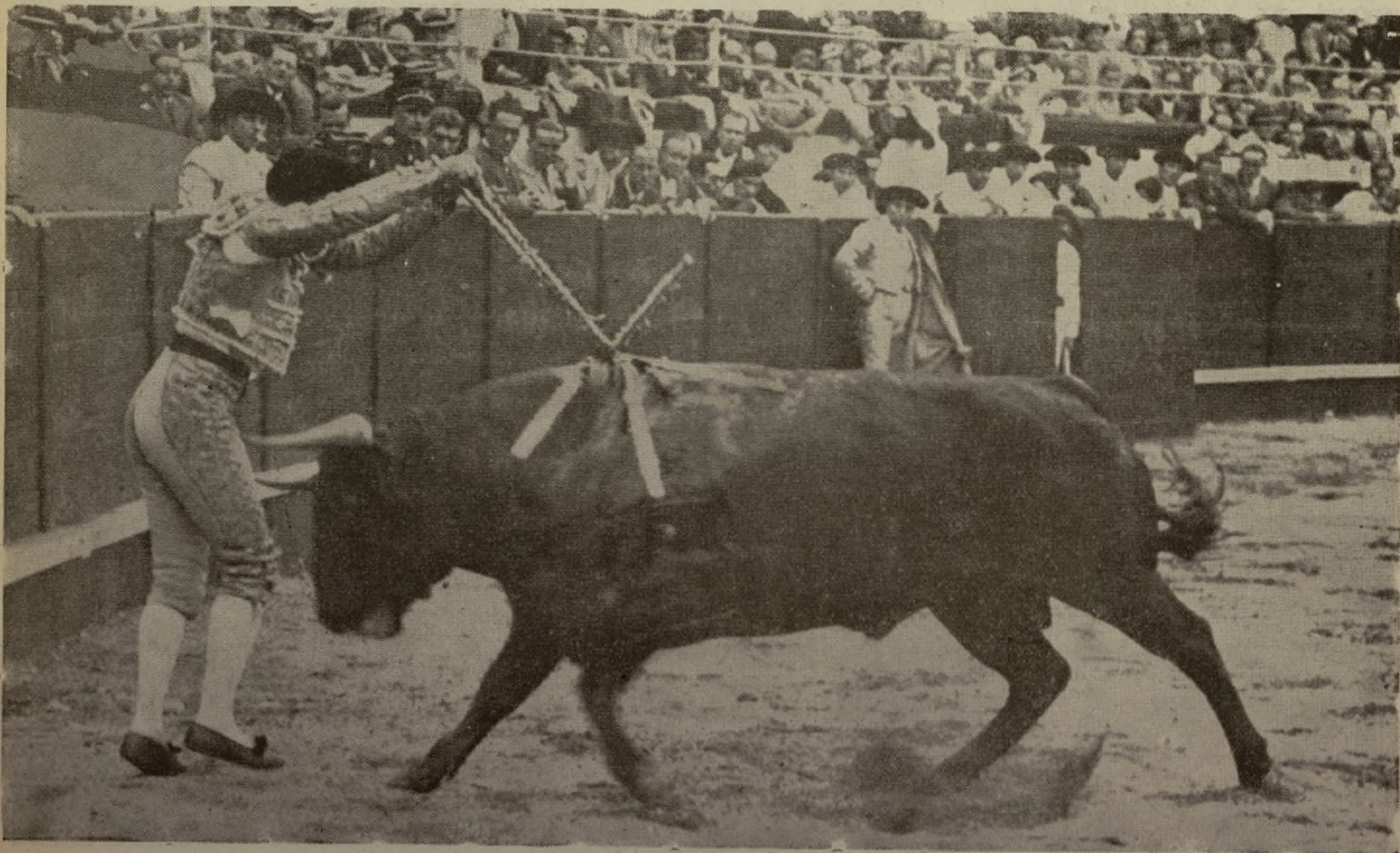
—¡Lo que yo fui en el toreo!... Nadie ha querido saberlo. ¿Para qué? He sido, sin duda alguna, el torero menos conocido. No han hecho más que colocarme caretas. Y yo, no he hecho más que suplir con sonrisas los gritos estridentes de: «¿Me conoces?, ¿me conoces?»

De mí se han forjado todas las leyendas contrarias. Y contra ellas he tenido que luchar. He sido el torero que ha practicado el toreo desde su base. Primero,

aficionado cerebral; luego, banderillero, peón, lidiador, como quisieras llamarme.

Nueve años de aprendizaje constante, al lado de grandes maestros... ¡Descollar al lado de Morenito de Valencia! ¡Tener más temperamento que Blanquet! ¡Sonreírme algunas tardes del pobre y nunca bien llorado Maera!

Luego, novillero en celo; más tarde, matador de toros; después, contendiente de José y de Juan...



La nota característica de SANCHEZ MEJIAS está en este par de banderillas la tarde de apoteosis en San Sebastián, donde Ignacio justificó una vez más, su arte, su valor y su hombría reconocida por todos como lo más interesante de la torería.—Foto Marín.



Ignacio Sánchez Mejías acude a la plaza de Teluán a presenciar la actuación de Daniel Luca de Tena. Esta foto fué obtenida por Baldomero.

Y después de todo esto, la leyenda negra diciendo de mí que «yo era un torero torpe, que no tenía más que valor...»

Pero qué más; mira: aquí en la intimidad te voy a confesar una cosa. Yo he sido, sin duda alguna, el banderillero más grande de mi época. Quinto, el viejo Quinto, te podrá decir cuándo quieras, si es verdad lo que te digo. Pues bien; no ha salido al ruedo un loco cualquiera que haya hecho unos espantijos con banderillas, que no haya dicho de él la gente a coro: «¡Qué buen banderillero! Banderillea igual que Mejías.» No es esto una terna injusticia. Pues así se ha deslizado mi vida de torero. Espinándome por entre la broza de la injusticia.

—¿Qué ha podido influir para ella, Ignacio? ¿Tu carácter indómito, tu espíritu rebelde?

—Pero si ése es otro cantar... Si yo no he sido, ni soy más que un hombre extraordinariamente efusivo. ¡Si de mí han hecho siempre lo que han querido los que han andado a mi lado!

—Pues en algo tiene que estar el intrínquis.

—Está en la médula. Yo fui un torero que le caí mal a la prensa. Eso es todo. Y ella ayudó a mi leyenda esquinada. Hoy día, querido amigo, cuando yo veo a los toreros con toda la prensa a su favor, cantándoles lo que no ejecutan, ocultándoles lo que han ejecutado, me digo a solas:

«Dios mío, adónde hubiera yo llegado y qué dinero no hubiera yo ganado.» Mira: en mis tiempos de lucha, no sólo no me tomaban un céntimo en «la prensa», sino que había quien pagaba mi persecución. Hubo momentos en que me sentí asfixiado. La leyenda forjada con el tema de mi antipatía personal, llegó hasta el seno de mi familia. ¡No te digo más!

Y como todas las tardes, o casi todas, no hacía más que arrimarme al toro como el que más, y procurar torear como el mejor, no podían aniquilarme de golpe y optaron por la consigna ésta, que era mi fatalidad.

«¿Quién, Sánchez Mejías?» «Tiene un valor enorme, pero le falta arte!» Y con esta falsilla se escribía en todos los periódicos. Y con esta falsilla se escribía mi fama; y con esta falsilla me obligaban a dejarme pegar las 17 cornadas que llevo sufridas hasta ahora. Y yo, en la plaza, no hacía más que meditar: «Pero, Señor, el arte ¿no es el dominio bello de una cosa? Yo no domino como el que más el toreo y de la forma bella en que lo hacen los otros; entonces, ¿por qué me niegan a mí toda cualidad artística?»

Aquí, en la intimidad de este momento, en que tú no eres periodista ni yo torero, porque la corrida tarda unas horas, y ni tú tienes el disfraz de tu pluma ni yo el de mi traje de luces, mira esta fotografía. ¿La ves? ¿Hubo en

el toreo quién dibujara un natural con más arte, con más naturalidad y con más esbeltez ¿que ese pase? ¡Fíjate bien! Pues este pase natural es mío, de una corrida famosa de Bilbao. Nadie, nadie, vió publicada esta foto. ¿Por qué? Lo supe el otro día, por casualidad. Visitaba el gabinete de uno de los mejores fotógrafos de toros y toreros. El artista, en plan de agrado, me llevó a su archivo. Allí vi una colección de fotos mías. Y entre muchas buenas estaba este pase natural.

—¿Por qué no publicastes nunca esta foto?—pregunté al amigo fotógrafo.

—Porque en tus tiempos—me respondió se pagaban tus fotos malas más caras que las buenas, ¿comprendes? ¡Quién no comprendía esto!

—¿Y nunca reaccionastes contra esto?



José Gómez «Gallito» doctora a Sánchez Mejías en Madrid el día 5 de Abril de 1920.-Foto Alfonso.

—Si no reacciono me muero. Fué en mis últimos años de torero. En los años que logré reunir dinero. Ante tamaña asfixia, procuré romper el cerco y logré tener a mi lado y comprarlas a tres o cuatro plumas de relieve. Con ellas me fué bastante. Bastante para reunir un capital, insuficiente para borrar el criterio que los públicos tenían de mi arte. La huella de la difamación había hecho presa en la masa popular.

Yo no podía ser más, mientras viviera, que un torero torpe que exageraba su valentía. ¡Cómo si una cosa ejecutada con valor no hubiera que cimentarla en el conocimiento y en el arte!

EN TIEMPOS DE JOSE, YO PUSE PRECIO AL TOREO

Otro ejemplo que abona cuanto te cuento es éste: Toreé una fe-



Ignacio acompañado de Diaz de Mendoza, María Guerrero López y otros amigos, presencia el ensayo general de su obra «Sin razón».—Foto Alfonso.

ria en Salamanca y estuve colosal. Pero más colosal estuve con mi procedimiento de rectificación. Oportunamente pagué a la prensa el mismo dinero que hubiera dado José. Por primera vez «me leí» en los periódicos que Sánchez Mejías sabía torear como el mejor. Pues bien; al año siguiente vino la empresa de Salamanca—entonces no se conocían los empresarios por zonas—a verme a mi casa. El hecho era rarísimo.

Y digo raro, porque como mi cuñado, además de su mérito incommensurable jamás igualado por nadie, tenía todas las cosas que rodeaban al toreo tan metidas en su puño, que todas las empresas se doblegaban a ir a casa de Pineda a buscar a José y luego se acordaban del «cuñado de Gallito», que fué otras de mis gabelas taurinas.

Pero, como te digo, esta empresa—el Colón de los empresarios de aquella época—vino a verme para contratarme directamente.

—¿Habéis visto a José?

—No. Porque, como otras ferias, creemos contar con él de antemano.

—¿Y qué dinero le vais a dar a Gallito?

—Pues, siete mil pesetas, que es el máximo de dinero.

—¿Y a Belmonte?

—Otras siete mil pesetas.

—Pues si queréis contar con Sánchez Mejías tenéis que pa-

garle ocho mil quinientas pesetas. ¡Ni una menos!

Como yo esperaba después de este diálogo, José me llamó por teléfono. Fué a su casa y a presencia de Pineda me preguntó: ¿Qué te propones con la actitud adoptada con la empresa de Salamanca?

—Dos cosas, le dije sencillamente, poniendo a mis palabras toda la serenidad posible.

Primera, ponerle más precio al toreo, cosa que debía ser misión de tu apoderado, y segunda, demostrarte que con la prensa al lado, como tú la tienes, me será fácil llegar adonde quiero. Ya estoy harto de tanta persecución solapada y de tanta intriga de prensa dirigida por los que con ello creen demostrarte más amistad.

—Tus palabras, Ignacio, parece que son cosas de guerra y de pelea...

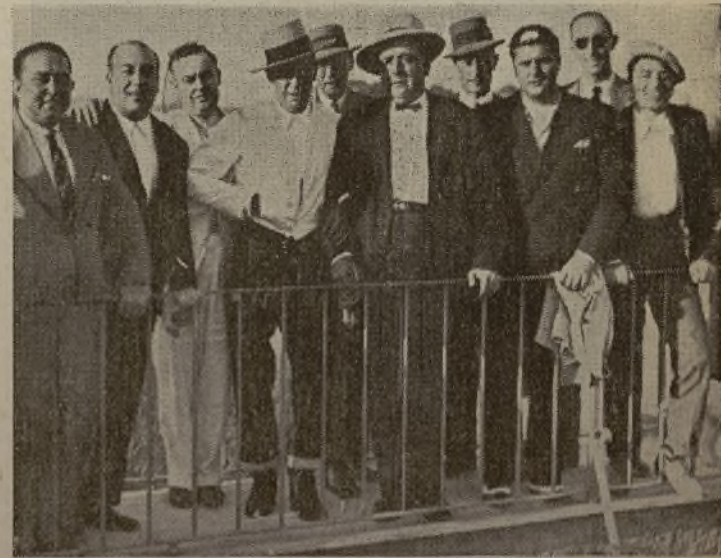
—Quizás. Ahora, que en este caso, pelearé con un enemigo de calidad, no con sombras ni con visiones.

Y desde aquella fecha, como te decía antes, me aparté algo del toro y de la plaza y me acerqué a las redacciones de los periódicos. La partida estaba casi ganada. Y digo casi, porque ya me habían doblado muchas bazas en contra.

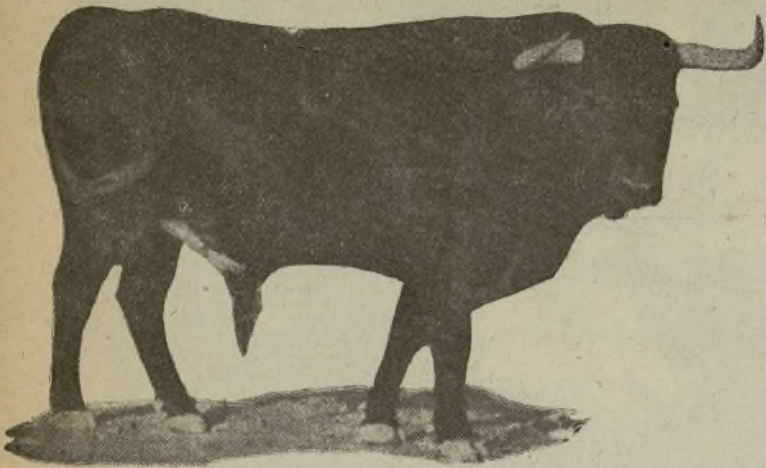
Por todo ello, y por más que me callo, nadie sabrá, ni ha sabido nunca lo que Ignacio fué en el toreo...



Sánchez Mejías, Joselito, Juan Antonio Jacobo y otros amigos en una fiesta de campo el año 1919.-F. Serrano.



Sánchez Mejías, acompañado de Don Juan Pedro Domecq, en la finca «Jandilla».—Foto Dubois.



«Granadino», negro, bragao, de la ganadería de Ayala que causó la muerte a Ignacio Sánchez Mejías.

—Y en ésta, tu nueva actividad, ¿piensas como antes?

—Pienso como se debe pensar. Al día.

La puerta se entreabre. En el aposento surge la figura simpática del apoderado de Ignacio. Un muchacho que en fuerza de actuar en joven, nunca podrá llegar a viejo.

Sánchez Mejías, acodado en el barandal del balcón del lujoso hotel, mira al mar. El azul de sus ideas se marcha con el azul del mar en un curioso fenómeno de espejismo. Las dos barcas gemelas, con sus velas al viento, siguen emparejadas en el mismo sitio. Parece como si no tuvieran prisa por avanzar.

Ignacio sale de su meditación y pregunta:

—¿Arreglastes bien eso, Pepe? ¿Estarán contentos? No regatees dinero. Vuelca las pesetas. Que quiero darme el gustazo, si me voy otra vez del toreo por mis pies, legar a mis hijos una leyenda distinta a la que siempre me persiguió. ¡Quiero que digan de mí hasta que... soy simpático!

Porque eso de que yo sabía torear y de que yo tenía y tengo arte, ya veo que me lo va diciendo ahora la gente... ¡Y debe ser porque lo van leyendo en los periódicos...!

GUILOTINA

Nuestros falleros:

Bravo Murillo, 30

Teléfono 42124



Uno de los muchos momentos de angustia del mozo de estoques de Sánchez Mejías, Antonio Conde, en el que cuenta a un periodista detalles de la cogida.-F. Alfonso.

él te aburrías, casi te desesperabas, le dije.

Calló unos momentos, y en seguida habló:

—El porqué me visto otra vez de luces, no lo sabe nadie. Nadie. Aquí estamos dos hombres. Uno va a hablar, y otro a escuchar y a olvidar. ¿Entiendes? Mi ilusión es Joselito, no ha cumplido diecisiete años y tiene dentro el veneno de los toros. Discretamente he querido apartarlo de ese camino por todos los medios. Por todos. Absolutamente por todos. Dejé yo la profesión, se acabó el hablar de toros en mi casa, me hice aficionado al fútbol, presidí un club, llevaba a mi chico a los partidos. Todo en vano.

—Supé un día que andaba por los tentaderos, que se comentaba lo que hacía en ellos, la ruina, en fin. Le llamé, le exhorté. Dó-

rros. En aquel momento, mientras mi mujer estaba ajena a lo que había pasado en nuestra placita, y a las angustias que por tanto le aguardaban, tomé la resolución, diciendo para mi interior: Si a Pino Montano tiene que llegar un hombre destrozado, que sea yo, como tantas otras veces, pero no el hijo de esa mujer cuya vida conoce el sabor de todas las amarguras del toreo.

—Ahora ya lo sabes, y lo olvidarás antes de salir de aquí. Por eso he vuelto a vestirme de luces. Mientras haga esto mi hijo, sabe bien que no puede torear, y en ese tiempo, otra afición, una mujer, cualquier deporte, pueden matar en él el gusanillo de la afición. Eso es lo que le pido a Dios.»

De muy buena gana le hubiera releído estas cuartillas a aquella

el Sino, quedó planteado. Más tarde leíamos en *La Voz* esta bella crónica de Mayral que nos recordó las palabras de Ignacio: ¿Verdad que estamos en Talavera?

«Ignacio Sánchez Mejías. Viéndolo desnudo, con la carne como de madera de caoba, mostrando por la boca abierta, para morder a la Muerte, la dentadura de león—; recuerdo y copia exacta, excepto el tono del color, de aquella otra escultura de marfil yacente en la enfermería de Talavera!—, he sentido una profunda emoción, que no era igual a la que experimenté distintas veces al contemplar los despojos de muchos otros toreros abatidos por las astas del toro.

Sánchez Mejías, irónico, feroz, hombre de aureola roja y de le-



Ignacio da el segundo pase en el estribo, en el siguiente es alcanzado y sufre la gravísima herida que le ocasiona la muerte.—Foto González Larios.

cilmente ofrecía complacerme, y yo no lo veía claro todavía. Llegué a más y le dije: Es menester que cese esa chaladura. A los toros no se va más que por dinero, y tú lo tienes. Tu misión es viajar, divertirte, trabajar en negocios, ser útil. Joselito, mirándome a los ojos, replicó: Yo haré lo que tú quieras ahora y siempre, pero a los toros no se va sólo por dinero, sino por afición.

Y así han pasado los meses, hasta que me enteré que hacía de nuevo visitas a los tentaderos, que hacía escapadas a los cerraos de los toros, la maldita locura. Decidí una prueba. Fui a los niños (los Miura), les pedí un toro para Pino Montano, me lo enviaron, y cuando lo tuve en mi plaza, dije a mi hijo: Coge un capote, que vamos tú y yo, sin que se entere nadie, a torear un *be-cerro*. Efectivamente, se soltó el toro, y Joselito le toreó de una manera formidable, hasta que me lo revolcó. Le hice el quite, y levantándose me dijo el chiquillo: También puedo con estos *be-*

pobre mujer, que ante el cadáver del torero, preguntaba extrañada y emocionada, por qué Sánchez Mejías había vuelto a los toros... ¡Seguramente lo hubiera comprendido y disculpado mejor que nosotros!

UN «MANO A MANO» CON GALLITO Y UNA BELLA CRONICA DE JOSE L. MAYRAL

En la enfermería de la plaza de toros de Manzanares, falta de luz y de higiene—redundancia estúpida, ya que nos bastaría decir una plaza de toros de segundo orden—Sánchez Mejías, repuesto un poco del schout traumático que le puso al borde la vida, nos uecía, delante de Rubichi, que ensangrentada su cara de rabia, no quería dejar paso a su llanto estas sencillas palabras: «Como José. ¿Verdad que estamos en Talavera? Y el «mano a mano» trágico con Gallito, dispuesto por el mejor organizador del mundo, que es

yenda trepidante, intelectual inesperado, gesto brusco en sus ambos aspectos de dramaturgo y de lidiador de reses bravas, ofrece dos páginas dispares en los libros biográficos que habrá que hacerle. Sus trayectorias divergentes, al prolongarse más allá del folletín inevitable en esta hora de apoteosis, se encuentran y coinciden, sin embargo, en un solo elogio: a la persona.

Esos rígidos despojos de caoba yacentes sobre la cama del Sanatorio eran todo un hombre. Un hombre que vivió en la agonía—agonía, lucha, violencia—de su perpetua quietud y de su afán de superación.

Lo anecdótico y lo dramático de esa anécdota, a lo largo de su existencia, no serían la única carne de sus biografías. El carácter superaba a lo externo del episodio y de la lentejuela literaria.

Sólo un carácter como el de Ignacio pudo explicar—en una conversación con nuestro compañero Alcázar—los impulsos que le llevaron a volver a los toros.



Un detalle de una de sus últimas actuaciones del gran torero, notable escritor y destacado deportista.-Foto Serrano.

—Vuelvo a los toros porque ha llegado, con los años, la hora de la formalidad. Desde que tenía nueve no hago más que locuras: obedecer a mis padres, estudiar, preocuparme del porvenir, crear afectos, administrar cuidadosamente el dinero ganado, cultivar el campo, todas las locuras que se suelen hacer con los pocos años; pero... todo llega, y a mí me ha llegado ya la hora de ser razonable y sensato. Es amargo, pero inevitable. A mis años hay que tener formalidad. Por eso vuelvo al ejercicio de mi profesión.»

Alcázar le preguntó.
—¿Y no le asusta el peligro?
—Más que a nadie. Por eso, porque me asusta el peligro, vuelvo a torear. Lo he tenido tan cerca durante el tiempo que he estado en mi retiro, que le temo mucho, muchísimo. Porque el torero no tiene más peligro que el de dejar de existir, y su muerte no está en la plaza, sino en su casa. Joselito está vivo. Más vivo que Belmonte y que yo, porque siguió valientemente en la plaza, mientras nosotros nos metimos cobardamente en la casa: dejamos de existir mientras él hacia



Otro momento del valeroso Ignacio en el que se conjunde el arte y el valor del bravo torero sevillano.-F. Serrano.

continuo acto de presencia en la fiesta.

Para alejarse de la muerte un torero es indispensable que se roce con ella: torear.

Este desaire a la muerte, ese «rentoy», esa forma audaz de «castigarla», a lo flamenco y a lo torero, han tenido su réplica inmediata.

Poco le importaría a Ignacio si viviera. Y si percibiera los latidos emocionados del público y de los periodistas en las actuales horas graves sonreiría satisfecho.

—¿Veis cómo tengo razón? ¿No estoy ahora más vivo que anteayer?

Sánchez Mejías se va dentro de unas horas a Sevilla, junto a su cuñado Joselito. A seguir su huella y su destino. Van a seguir toreando juntos, mano a mano.

Antoñito Conde, el mozo de espadas, tendrá que echar en la esportilla un traje de alamares de gloria, un fundón con un estoque de luz y una pluma impalpable y sutil, por si el escritor aun quiere enviarnos una crónica de su excursión triunfal por los ruedos del ultramundo.

Viéndolo desnudo y tendido en

da, dice usted? ; No me hace falta más que me dediquen un pasodoble!...»

DELINCUENTE HONORIS CAUSA

Las actividades múltiples del torero que todo lo fió a su corazón, nunca se vieron enturbiadas por la sordina de la vagancia. Sánchez Mejías, después del éxito teatral de su drama «Sin razón», continuó dedicando gran atención a los ensayos teatrales. A su muerte deja inéditas dos obras. Una comedia que lleva por título «Rafles moderno», y otra estampa de color social y de sabor moderno, que quería titular «Delincuente honoris causa».

Como quiera que varios amigos de su tertulia literaria le preguntaran no hace muchos días si proyectaba formar compañía, como se había divulgado entre los comentarios teatrales para estrenar ambas producciones, Ignacio comentó: Hasta ahora no he hecho más que formar cuadrilla...

LA TRAGEDIA DE MANZANARES

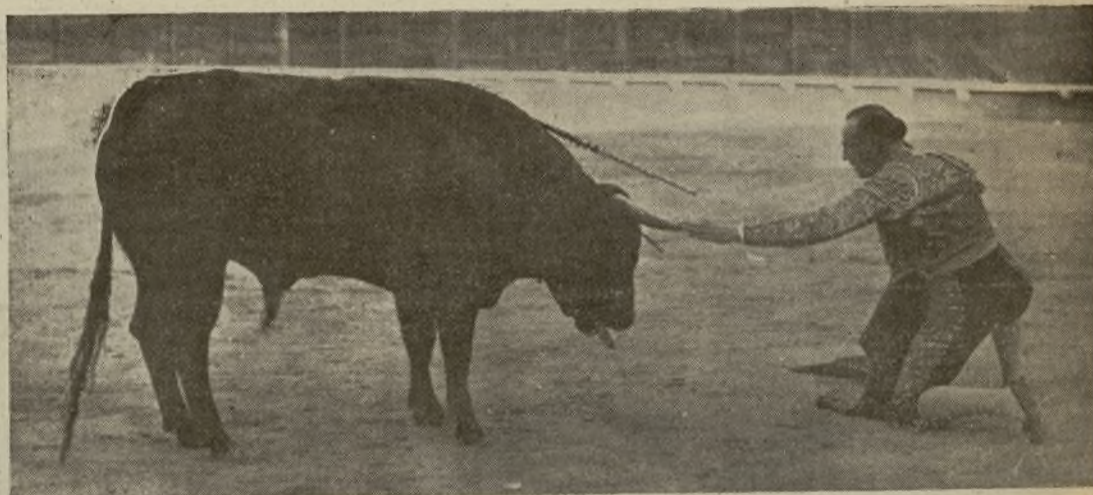
Lo que es innegable es que Ignacio Sánchez Mejías a todo el

agradeció a Sánchez Mejías que ocupara el hueco que quedaba sin proveer..

Se convino el precio y se convino que la cuadrilla de Ortega actuara a las órdenes de Ignacio. Ni una cosa ni otra puede dar lugar a interpretaciones enojosas. La fatalidad lo hizo todo. Nada ni nadie podía tener arte ni parte en la próxima desgracia.

PON UN TELEFONEMA QUE NO VOY A MANZANARES

Terminaba la corrida de Huesca. Había que salir inmediatamente para Manzanares. En la plaza retumbaban las ovaciones últimas al matador de toros Manolo Bienvenida, que había cuajado el último toro de Santa Coloma con mucho acierto. Al entregarle Antonio Conde el capote de paseo a Sánchez Mejías para abandonar el ruedo, recibió esta orden lacónica: «*Pon un telefonema a Manzanares diciendo que no toreo.*» Cuadróse el mozo de espadas, con ese graciosa confianza con que era distinguido por su jefe, y exhaló este anatema: «*¡Muy bonito! ¿A qué viene el rajarse ahora? Si no querías ir*



La inconfundible forma de torear del maestro sevillano se pone de relieve en esta foto, obra del fotógrafo sevillano Sr. Serrano.

la cama del Sanatorio he sentido ganas de estrecharle la mano y repetirle las palabras de ritual:

—¿Que haya mucha suerte, muchacho!

JOSÉ L. MAYRAL

NO ME HACE FALTA MAS QUE ME DEDIQUEN UN PASODOBLE

Los éxitos de Sánchez Mejías, en ésta su nueva reaparición eran de una autenticidad incuestionable. Matador inseguro siempre, Ignacio, por efecto de su gran voluntad y de su exagerado valor, había encontrado lo que se dice la muerte de los toros. Ningún toro de los estoqueados desde su aparición en Cádiz tuvo que pasar a la jurisdicción del cachetero. Todos fueron heridos de muerte con magnífica seguridad. Comentando esto en Santander con unos amigos, llegó a decirle uno de los presentes: «*La sorpresa de tu vuelta está en la excelencia que tienes al estoquear. No cabe mayor seguridad. Puedes estar seguro que tu nombre se pone de moda.*» Ignacio atajó al amigo devolviéndole el incienso. «*De mo-*

que quiso oírlo, y sobran testimonios a este efecto, aceptó la corrida de Manzanares, que no estaba en sus cuentas torearla con escaso calor y con un exceso de prevención. Y la aceptó porque estimó, a instancia de parte, que con ello hacía un señalado favor a un amigo íntimo de Domingo Ortega. Repetidas veces, en el curso de dos días, dijo en público que de no mediar el interés del compañero por dicha corrida hubiera dejado de cumplir su contrato verbal. Hacemos esta aclaración inicial con la seguridad de lo incontrovertible.

La empresa de la corrida de Manzanares era el señor Lorente. A Sánchez Mejías le constaba que el proceso de dicha organización era éste. Debido a la estrecha amistad que une a Domingo Ortega con el señor Lorente, el primero animó al segundo a su realización con este preámbulo: Si se pierde—palabras de Ortega divulgadas por una persona autorizada—pierdo yo, y si se gana, partimos las ganancias.

Vino la desgracia que imposibilitó a Domingo Ortega para actuar en la citada corrida, y el señor Lorente, a nombre de Ortega,

a Manzanares, para qué te has comprometido.»

«*Me ha comprometido la amistad y el deseo de servir a los amigos. Pero vamos a llegar molidos, y para torear hay que estar en condiciones.*»

Al llegar a la fonda, y como quiera que Conde le volviera a preguntar si cursaba el telefonema, varió de pensamiento. Iremos a Manzanares.

CUENTO CUADRILLA ORTEGA. VOY SIN CUADRILLA

Un alto en Zaragoza. El coche que conducía al torero tuvo una seria avería al llegar a esta capital, a las diez y media de la noche. Había que abandonar la idea de seguir a Madrid en auto. Se dispuso el esperar el paso del expreso de Barcelona para llegar a Madrid, a las nueve de la mañana, y aprovechar un coche de turismo que, previamente avisado, conduciría al torero a Manzanares.

Como medida de previsión en el mismo depósito de gasolina donde se reparaba la avería Sánchez Mejías dictó este telefonema, que se cursó seguidamente:

«*Dominguín. Atocha, 30. Cuen-*

DE SU MUY GLORIOSA TARDE EN SANTANDER



Al rematar un quite Ignacio, con el valor y arte que le caracterizó siempre, electriza a los espectadores en su reciente actuación en Santander.—Foto Rodero.

to cuadrilla Ortega. Voy sin cuadrilla. Ignacio.»

RAFAELILLO Y SU LIO

El banderillero Rafaelillo llegó al domicilio de su matador con el lio hecho. En él llevaba el traje de torear y los avíos. Esto era, según informes serios, en la mañana del día de la corrida.

—¿Vas de capea?—le preguntó Jesús, el mozo de espadas de Ortega.

—Voy a Manzanares como me avisaron.

—Anoche busqué yo la cuadrilla que Ignacio va a llevar a Manzanares.

Y Rafaelillo, con su lio de torear, salió diligente con rumbo al descanso.

LA CUADRILLA SUPLETORIA

Es un hecho ciertísimo que Sánchez Mejías sufrió una grave contrariedad al llegar a Madrid y encontrarse en la estación de Ato-



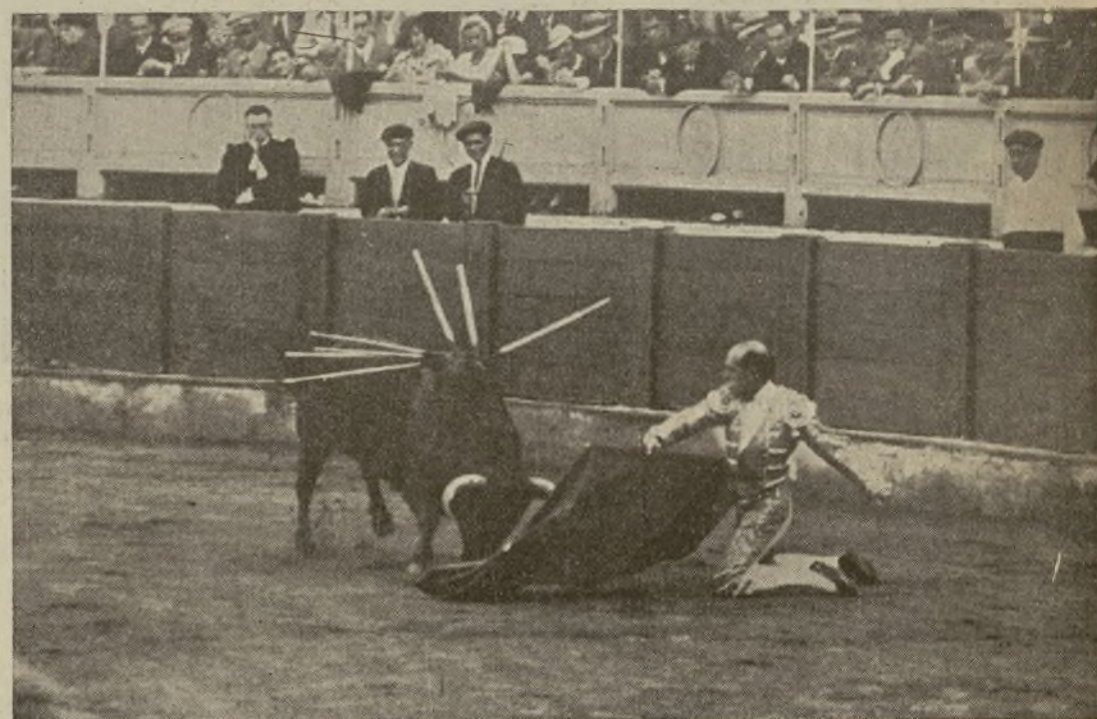
Sánchez Mejías después de estar alejado de los toros siete años, a su primer toro le corta las orejas.—Foto Alfonso.

plazas. Las palabras de Ignacio, al zigzaguear por el interior del coche, semejaban el aleteo de un pájaro de mal agüero que se hubiera colado de rondón por la única ventanilla que estaba abierta. Y otra vez el silencio mortal se enseñoreaba de los excursionistas.

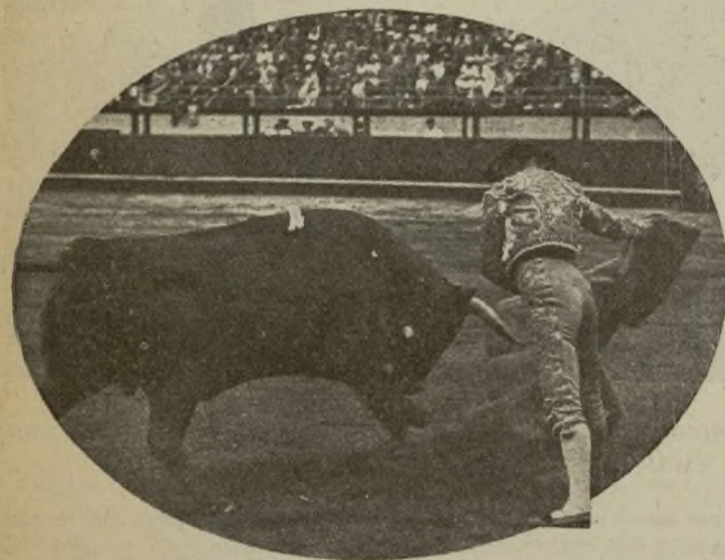
EL SORTEO

VAYA HOMBRE, VOY A PROBAR MI SUERTE

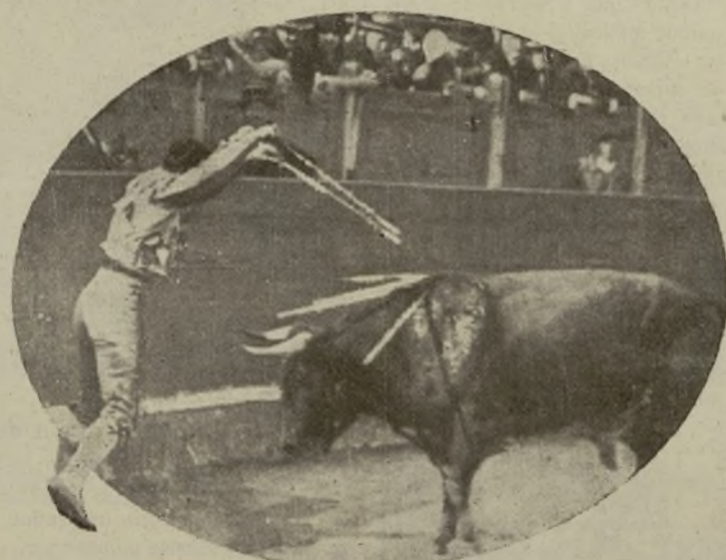
La cuadrilla de Sánchez Mejías, formada por Cástulo Martín, Manuel Ponce y Niño de la Audiencia, como quiera que llegaran al pueblo tarde para la hora usual del sorteo, estimaron que éste se habría ya celebrado y decidieron quedarse en la fonda. En tanto, en la plaza, los representantes de Armillita y Alfredo Corochano esperaban impacientes. Hechos los lotes, sólo faltaba el requisito de sacar la papeleta. Como el tiem-



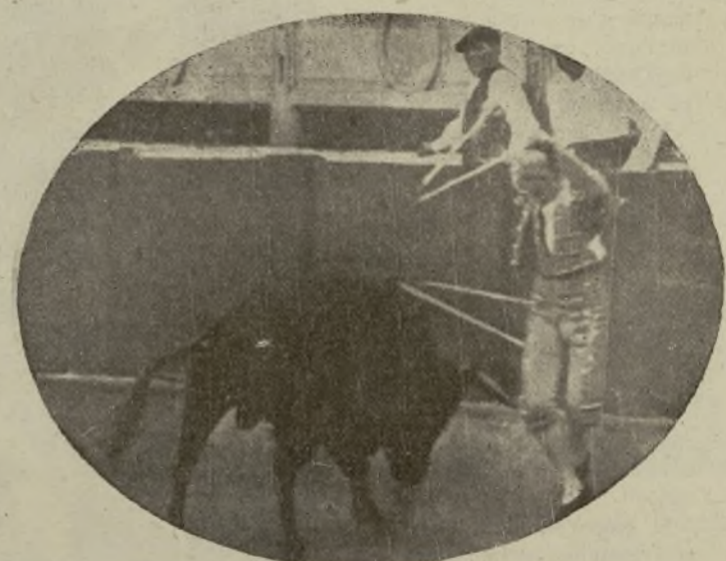
Este pase de rodillas, también de su actuación en Santander, demuestra bien claramente el terreno que estaba pisando.—Foto Rodero.



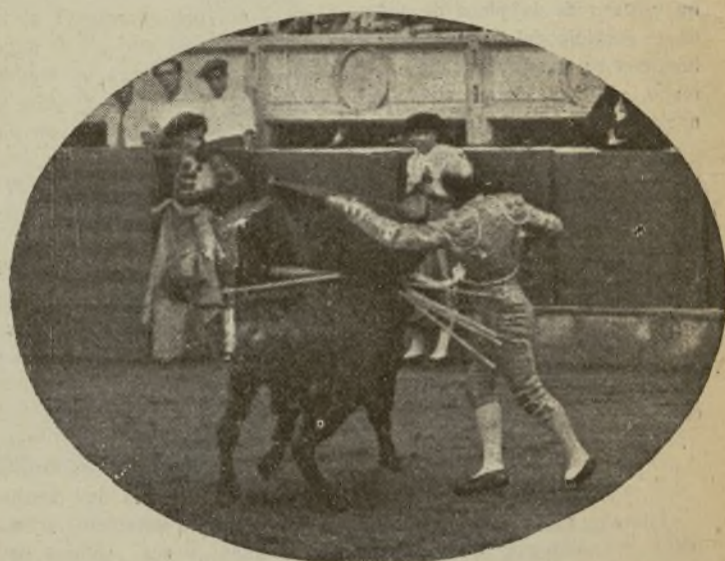
Al torear por verónicas para y manda como el que mejor lo haga.—Foto Rodero.



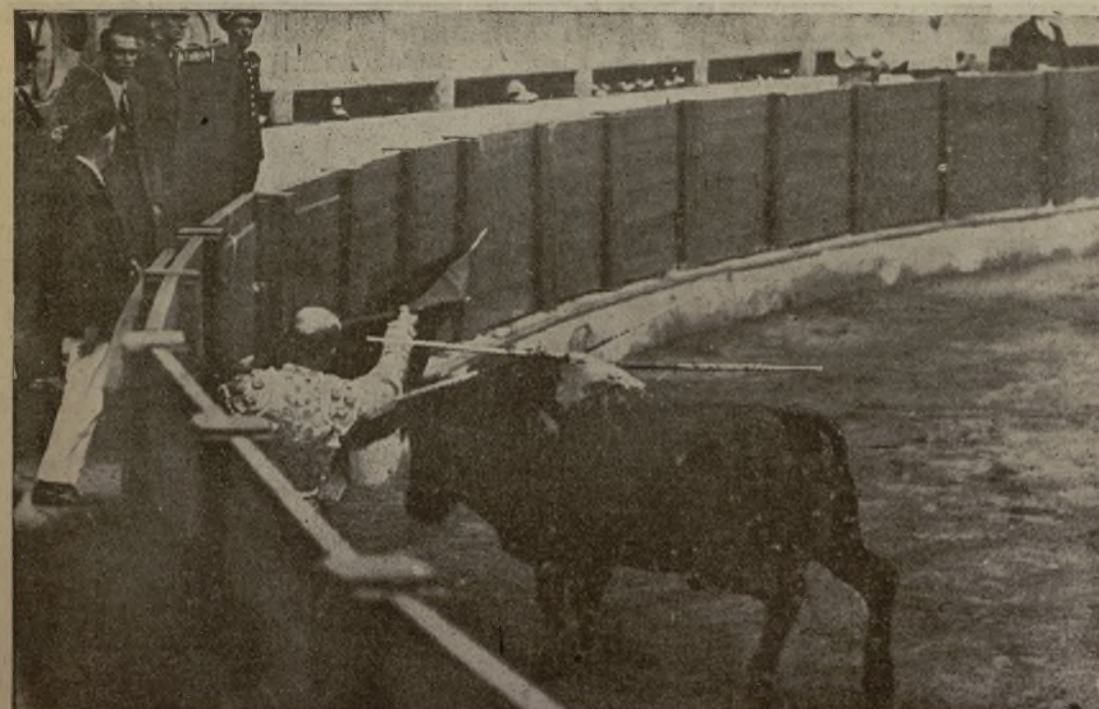
Un emocionante par de banderillas de los muchos que puso.—Foto Rodero.



Otro gran par de banderillas, sobrado de arte y valor, En este pase de pecho se echa el toro por delante con gracia torera.—Foto Rodero.



En este pase de pecho se echa el toro por delante con gracia torera.—Foto Rodero.



Muletazo en el estribo, predilecto de Ignacio, y que ejecutó en su reciente actuación en la plaza de Santander.—Foto Rodero.

cha a la cuadrilla supletoria que iba a sustituir a la de Ortega. Sin explicarse la razón de la ausencia, ya que nadie le dió explicaciones de ello, Ignacio, visiblemente contrariado, saludó a «su cuadrilla» y dió órdenes de seguir el viaje.

PREOCUPADO CON LAS CONDICIONES DE LA ENFERMERIA

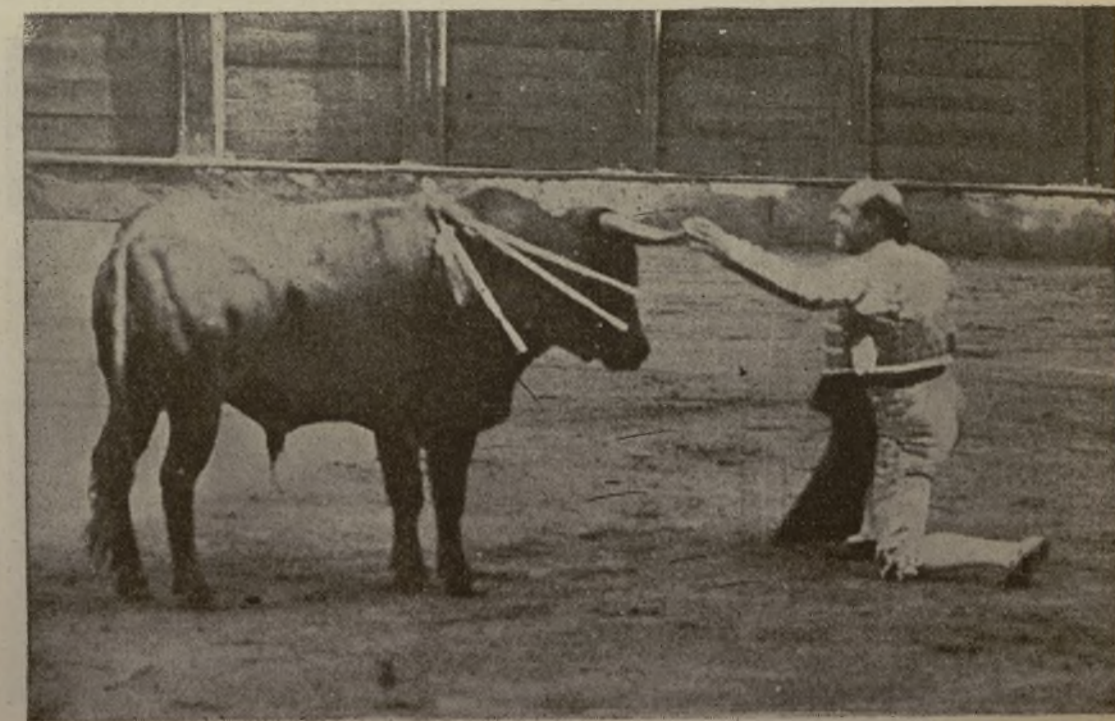
Arrancó el coche, que iba a dirigirse a gran velocidad hacia la muerte.

En la primera hora de viaje, Ignacio, callado, sumido en honda meditación, no autorizaba a iniciar ninguna conversación baladí.

Rompió el silencio con esta orden: Es necesario que cuando lleguemos a Manzanares veáis la enfermería de la plaza y comprobéis si está en condiciones. Yo no he toreado nunca aquí, y me asustan las enfermerías de estas

po pasara sin decidirse nada alguien propuso el trasladarse al hotel Albergue de Turismo, donde se hospedaba Sánchez Mejías para allí celebrar el sorteo ante alguna persona de su garantía. Esta persona vino a ser el mismo espada.

Recostado indolentemente sobre un sillón del «hall», Sánchez Mejías daba al aire el humillo de su cigarrillo modesto, de a diez céntimo el paquete. Orteguita y el hermano de Fermín Espinosa le propusieron celebrar allí el sorteo. Ignacio protestó tímidamente: ¿Pero tampoco tengo quién me haga el sorteo? Vaya hombre, probaremos mi suerte. Y solicitándole el sombrero a un señor extranjero que asistía, extrañado, a aquella curiosa escena, tan distante del ambiente del lujoso hotel, pidió tres papeles de fumar. En ellos se fueron señalando los lotes que iba describiendo Morato, y a poco Sánchez Mejías, como primer espada, me-



Dominada la fiera, en un alarde de valor, se coge de los pitones y así permanece largo rato mientras sonríe al público.—Foto Rodero.



Nuestro fraternal camarada Pepe Alarcón, apoderado de Sánchez Mejías, explica a sus compañeros, los reporters de la prensa, detalles de la cogida. - F. Díaz Casariego.

tía la mano por primera vez en su vida de matador, para sacar lo que le tuviera preparado el Destino. De haber mirado al fondo del sombrero con detenimiento se hubiera advertido señales rojas como coágulos de sangre.

LA ULTIMA SUPERSTICION

Cuando caracoleaba el caballo de Simao da Veiga por la plaza y las cuadrillas iniciaban el paseo, un portero de la plaza de toros en el servicio del patio de caballos, con su gorra galoneada en la mano, estrechaba la mano de Ignacio deseándole mucha suerte.

Al agradecerle el saludo el torero advertía que el cariñoso partidario era tuerto del ojo derecho. Y riéndose con aire de despreocupación hizo observar Sánchez Mejías: «Vaya ganga para los supersticiosos. Menos mal que esto es lo único de buen agüero que me ha ocurrido esta tarde en Manzanares.»

LA COGIDA Y...

¡Fuera! ¡Fuera! fueron las palabras iniciales con que Ignacio comenzó su inédita faena de muleta. Los banderilleros, ante el tono seco y autoritario de la orden, se replegaron disgustados.

El toro «Granadino», de Ayala, con sus largos puñales, se hallaba cruzado con el espada a los bordes de la barrera, sobre la que se iba a tejer un romance de duelo.

Un primer pase, apretadísimo, en el que el toro, al tomar la querencia hacia adentro, marcada desde su salida, tropezó al diestro. Otro pase más expuesto aún, en el que el toro sin salida apretó sobre la barrera hasta laminar las lentejuelas doradas del traje azul y oro del valiente. Y al tomar cruzado al toro en el tercer pase, la cornada seca, el reguero de sangre inacabable, el grito de dolor de la multitud que, en pie, no podía contener su congoja... Una noche de espera en la enfermería de la plaza castellana, verdadero trasunto talaverano. La Muerte rozando sus atas por la frente de cera del gladiador selecto. Una ambulancia. Una caravana lenta llevando en posesión al Dolor. El Sanatorio. La operación. El gesto de un torero macho que da su sangre para salvar al maestro. La estreñeza del moribundo al ver a su lado, en una camilla, tendido para el sacrificio, a Pepe Bienvenida, y sus palabras delirantes: «¿Qué vienes a hacer aquí, Pepito? ¿Verdad que aquí no venimos más que los valientes?»

La agonía. La lucha heroica contra la inmutable. Coronas de flores. Sollozos. La oración de la calle. Celajes de estupor. La pesadilla.

ERA TAN GRANDE QUE NO CABIA NI EN EL PANTEON DE GALLITO

Sevilla. Apoteosis sentimental. Recepción del cadáver. Desfile inenarrable de emociones. Lágrimas de toreros viejos. Sollozos del Algabero, de Bienvenida padre, de Quinito... Crespones negros en la Alameda de Hércules.

En el Cementerio de San Fernando no se puede dar un paso. Millares de personas, llevando en volandas al ataúd cercan el recinto. En el panteón de Joselito, donde van a reposar para siempre los restos del torero que más expuso en el toreo, unos albañiles trabajan afanosamente desde el clarear del día. Termina la jornada. Hubo que hacer una ampliación para que pudiese entrar la caja mortuoria. Oraciones póstumas.

El grupo escultórico que modeló Benlliure se abriente con una figura más. La figura del viejo Juan Antonio Jacobo, con su sombrero ancho, dosel de luto, doblado al peso de los años y de

su emoción por la fiesta de los toros. No ha querido dejar de acudir al trágico instante de la despedida del torero, que supo serlo todo en el toreo, y lo llevan en una silla. Las lágrimas del viejo aficionado, mentor de una casta de toreros grandes, sobrecoge a todos. Y por entre sus cristales, que nos empaña los sentidos, vemos al viejo sevillano acomodarse delante del gitano jacarandoso y de la mocita de la flor en el pelo, y destocándose de su sombrero de anchas alas, roto el grupo que ideó Benlliure, le oímos musitar: «Descansa en paz, Ignacio.»

Regreso. Luz de agosto. Sonrisas. El albañil que durante varias horas de afán trabajara para preparar la última mansión del torero, al que se comprenderá desde hoy, le va diciendo a su amigo casi al oído, en tono confidencial: «Era tan grande, Ig-

el torero hecho a fuerza de valor, burlador constante de la muerte por el afán de vencerla asustándola, ha caído también en una tarde borrosa, cuando florecía una segunda existencia de triunfos, a la que se dedicaba porque el corazón le saltaba en el pecho con ansia de reñir y de vencer, lo mismo que en los años mozos, cuando acompañaba a su hermano José, sólo como figura segunda, como ayudador de la maravilla de un arte hecho inteligencia, hecho matemática.

Ignacio se ha dejado morir. Ignacio había nacido para héroe popular, y sólo podía serlo plenamente dejándose morir en la pelea. Porque él no tenía el arte de José, pero tenía en la sangre un calor, una fuerza emocional incomparablemente grande. Su lucha, su arte era siempre bravo. Lo mismo le daba librar combate



Momento de ser sacado el féretro del Sanatorio del doctor Crespo. Su mozo de estoque y varios amigos rinden el último tributo al malogrado artista. - F. Contreras y Vilaseca.



Gregorio Corrochano, Antonio Conde, Bienvenida (padre) y otros amigos del torero muerto, sacan el féretro de la capilla del Sanatorio.—Foto Contreras y Vilaseca.

nacio, que no cabía ni en el panteón de Gallito...»

EL HERMANO DE JOSE

Tiene esta triste historia el deo amargo de las viejas tradiciones fatalistas de las razas y los pueblos enlazados a perpetuidad con la tradición. Ha muerto Ignacio, el hermano de José, y uno y otro han tenido su trágico fin en un sitio de media luz, en una fiesta menor, y no en un brillante combate de empeño duro, en que la vida era o podía ser el premio de la victoria. José, Joselito, el héroe popular que parecía nacido para dominar, para hacer sufrir a las fieras el imperio de su voluntad a fuerza de sabiduría hecha arte magnífico, cayó en un momento gris, encogió el corazón ante el desastre de una herida grave adquirida cuando nacía a prever la catástrofe. Ignacio,

aquí que allá. El toreaba y arriesgaba la vida siempre, ante todo enemigo y en cualquier parte. A José dicen que le mató un descuido, un momento de dejadez, de «mala gana» de torear. A Ignacio le ha matado su propio valor, porque en la placita de tercera o cuarta categoría y ante un público de escasa doctrina, pero intuitivo en el discernir lo verdaderamente alto y noble que tiene la fiesta de toros, dió lo que daba siempre: el pecho, la voluntad bravia de vencer, no por las palmas ni aun por la fama y el propio decoro artístico, sino porque teniendo enfrente a un enemigo, forzoso le era al torero bravo triunfar una vez más, a fuerza de exponer en la contienda el corazón, y con él la existencia.

Ya es Ignacio algo más que el hermano político de José, el de las coplas de ciego, el que pasó



MADRID. La presidencia del duelo en la que figuran el hijo del finado José Sánchez Gómez, Pepito Bienvenida y don Manuel Mejías «Bienvenida» (padre).—Foto Baldomero.

al más allá entre lágrimas de mujeres hermosas y suspiros recordados por labios duros que saben morder la angustia. Ignacio ya ganó su sitio en la historia por algo más que por haber sido ayudador abnegado del torero hecho hombre, y luego, en cierto modo, su sucesor en los ruedos. Ahora, Ignacio ha ganado su inmortalidad como podía y tenía que ganarla. Haciendo que las gentes le apreciaran un alto valor moral que no querían reconocerle sino con regateos y disidencias. Ignacio se ha muerto de un empacho de valor, que no le hizo nunca traición, como le traicionara a José, su hermano, la inteligencia. Ignacio se ha clavado su propio arpón. Para dar lustre y tono a lo que él constantemente hacía había que enseñarle al público la verdad del riesgo que su arte encerraba. Ignacio tenía un sino y una ambición.

Por esclavitud fatal a uno y otro, para ser grande, para ser torero de fama, para ser algo más y mejor que «el cuñado», que «el hermano de José», tenía que dejarse matar por un toro. ¡Y un toro le mató!

CHISPERO

MURIO HEROICAMENTE

Espartero, Antonio Montes, Pepete, Gallito, Varelito, Gitanillo de Triana... a la lista interminable de gladiadores sevillanos que dieron su vida generosamente por la incomparable fiesta de toros, hay que añadir un nombre más: ¡Sánchez Mejías!... Sánchez Mejías acaba de sucumbir víctima, como los otros, del hachazo certero de una fiera, en pleno ruedo taurino, en pleno triunfo, en plena gloria, bajo un sol radiante que arrancaba a su vistoso vestido llamaradas de fuego, y bajo las acariciadoras miradas de mujeres hermosas que, temerosas, angustiadas, contemplaban el bizarro juego, el trágico juego del bravo gladiador...

«El señor Inasio» o el señorito «Inasio», como cariñosamente le llamaban en Sevilla, era uno de los toreros de mayor temperamento que han existido. Con ser un lidiador extraordinario, su valor, su inmenso valor, su temerario valor, lo avasallaba todo y a la

vista del aficionado aparecía como torero de valentía suma... Era un enamorado frenético del peligro, era un temperamento veheméntísimo, era un caso de extraordina-

arrastraba una vida de cuarenta y tantos años, cuando una venerable calva blanqueaba su noble cabeza, porque su corazón siempre joven, siempre vehemente, re-



MADRID. Paso del cortejo fúnebre por la Puerta de Alcalá camino de la estación del Mediodía.—Foto Baldomero.

rio heroísmo. Todo esto le hacía «arrimarse» a los toros como ningún otro torero y para ello tomaba a las fieras en los sitios de mayor peligro, afrentaba las situaciones más difíciles en la lidia, y todo ello hacía que su vida de lidiador estuviera cuajada de una aureola de tragedia que le hacía aparecer como el torero de más trágica, de más rancia leyenda... Retirado tiempo ha de su arriesgada profesión, buscó él la soledad del campo, en la calma del maravilloso campo andaluz el calmante para sus nervios de luchador inquieto y el campo de Andalucía, bravío como él, lejos de calmar su aventurero espíritu, lo llenó de optimismo, de alegría, de añoranzas, apoderándose de él la nostalgia de las tardes de gloria y de luchas que excitó sus nervios y lo arrastró nuevamente a los círculos taurinos... Calmado un poco sus ansias de glorias taurinas, buscó en el campo de Talía nuevos horizontes a su aventurera vida, pero ésta era de los toros y a ellos volvió al fin, cuando su cuerpo, lleno de cicatrices,

brincábale en el pecho en ansias locas de nuevas aventuras... Cuatro, cinco corridas en plazas de primerísimo orden, fué la demos-

tración más elocuente de que no volvía a los toros a explotar su historia, sino a revivirla, y en un pueblo manchego, como su cuñado, como el pobre e inolvidable José, quedó al fin clavado del asta de un toro... ¡Era su sino!

Al escribir estas líneas quiero



MADRID. Llegada de la comitiva fúnebre a la estación del Mediodía para su traslado a Sevilla.—Foto Díaz Casariego.

tración más elocuente de que no volvía a los toros a explotar su historia, sino a revivirla, y en un pueblo manchego, como su cuñado, como el pobre e inolvidable José, quedó al fin clavado del asta de un toro... ¡Era su sino!

Ignacio: Ya, ¡por fin!, se calmó para siempre tu sed de gloria, tu sed de aventuras, y ahora, luchador glorioso, duerme tranquilo el sueño eterno por los siglos de los siglos, como El Espartero, como Montes, como Pepete, como José, como Varelito, como Gitanillo, en el jardín del cementerio de San Fernando de tu sin par Sevilla, que era donde caminabas inconscientemente, donde te arrastraba el Destino de tu vida gloriosa de gladiador insatisfecho...

JOSÉ OSUNA MARTIN
Madrid, 14 agosto 1934.

TOREROS ANTIGUOS Y MODERNOS

Ignacio Sánchez Mejías ha muerto. Ha caído como correspondía a su historial glorioso, envuelto en gloria, como el gla-

diador al que la edad, implacable, no ha quitado los arrestos de sus tiempos mozos.

Hay hechos imborrables en estas ocasiones que demuestran hasta qué punto el compañerismo, tan abandonado en otros sectores de la vida, palpita en el corazón de todos los que toman parte en la brava fiesta. Al hacerse precisa una transfusión de sangre que quizá pudiera conservar la existencia que por momentos se le escapaba, Ignacio encuentra un compañero de profesión, un discípulo, casi un hijo, que presta la suya joven, anteponiendo su espíritu de sacrificio al egoísmo del que ha de conservar íntegras sus facultades para arrostrar los peligros de su arriesgada profesión.

Hace poco tiempo, con ocasión de la desgraciada actuación de otro de los veteranos del toreo, hacía resaltar el rasgo de otro joven lidiador, que posponiendo el lucimiento suyo a evitar el fracaso de su compañero, se convirtió en su peón, agotando sus energías para dulcificar y atenuar el fracaso.

Muchos casos como éstos se podrían citar, todos igualmente meritorios, pero todos ellos vienen a corroborar la seguridad de que entre los toreros antiguos y los modernos, no hay antagonismo alguno, sino compañerismo, los antiguos procurando asimilarse las filigranas que se prodigan hoy, y los modernos, ayudando a los que quizá fueron sus maestros a conseguirles el lucimiento, poniendo

sus facultades a su servicio, bien necesario, pues no se torea lo mismo en los albores de la vida, que cuando ésta inicia su declive.

Y es que en esta fiesta sin igual, no hay antiguos ni modernos, hay solamente TOREROS.

EUGENIO SALARICH

Agosto, 1934.

LA MUERTE DEL TORERO SANCHEZ MEJIAS, MATADOR DE TOROS

Ignacio Sánchez ha muerto realizando la mayor ilusión de su vida. La del toreo. En aras de su loca afición, Ignacio añoraba el contacto con el público, insatisfecho en sus excursiones por otras actividades comerciales, deportivas, literarias y artísticas. Hombre dinámico y torero de los pies a la cabeza, soñó con una nueva era de laureles y glorias, y pese a su desentrenamiento, a su falta de facultades, que sólo se tienen en los años mozos, en toda su plenitud, la voluntad de hierro del torero sevillano se impuso, marcándose una línea de conducta de la que no llegó a desviarse en lo más mínimo en las seis corridas en que tomó parte, hasta que en la última encontró la cornada que le cortó la carrera más triunfal de su vida. Sánchez Mejías se presentó por segunda vez ante el público como lo que era, como un torero todo valor y corazón; y arriesgó en la jugada, uno, dos, hasta seis veces y perdió en la última, ante un toro de Ayala, en la plaza de Manzanares. La fecha del 13 de agosto señala en los anales taurinos la desaparición de un valor tan destacado que por sus propios méritos dió vida a la afición, algo dormida, sirviendo de estímulo para los compañeros que había perdido la recta en el toreo, el camino único del éxito, el de la exposición y el riesgo, sin cuyos elementos la fiesta tan española derivaba hacia la extravagancia, degenerada de un festejo incoloro.

Sánchez Mejías debutó como novillero en Sevilla el 21 de junio de 1914, con ganado de Carvajal, actuando con Alcalareño.

El segundo de sus novillos lo alcanzó por dos veces a la hora suprema, y la segunda le infirió

una cornada tan tremenda, que le destrozó la femoral y el muslo derecho. ¡Mal principio tuvo para con Ignacio la arriesgada profesión! Pero Sánchez Mejías, despreció el peligro y siguió en la lucha, hasta figurar en los carteles de feria de las principales poblaciones.

Su cartel se cotizó a una altura tal, que le llevó a torear con el más grande de los toreros: con Joselito el Gallo, en un mano a mano en Sevilla, el 13 de agosto

tos y cornada tan grave le había proporcionado, se convirtió en mano de Sánchez Mejías en el arma útil y segura de los buenos estoqueadores.

De seis corridas que toreó en su segunda y última época de torero, Ignacio cortó orejas y rabos en cinco de ellas y triunfó ruidosamente en todas las corridas. La misma de Manzanares que le valió la vida, comenzó aureolada con un preludeo triunfal. La cogida mortal la recibió al pasarse

SANCHEZ MEJIAS COMO APICIONADO A LA LITERATURA Y AL PERIODISMO

La esmerada educación intelectual de Ignacio Sánchez Mejías, su afición a la lectura de obras literarias y su amistad con los más célebres escritores, le hicieron familiarizarse con temas y aspectos que le llevaron a ensayos muy afortunados.

Recordemos su obra dramática «Sin razón», estrenada primero en

como uno de los primeros poetas españoles—Sánchez Mejías organizó el homenaje que se rindió a Villalón colocando una lápida en la casa en que vivió, y para ello trajo de Madrid a notables poetas y escritores.

También organizaba Ignacio Sánchez Mejías, con el apoyo de su amigo el insigne escritor Felipe Sasone, los homenajes que se celebraron a la memoria de Joselito, entre ellos una velada literaria en el Teatro Cervantes.

Como aficionado al periodismo, Ignacio tuvo aciertos

En nuestras columnas brilló su ingenio cuando, convirtiéndose en improvisado corresponsal, nos enviaba desde Jerez de la Frontera sus ágiles crónicas telefónicas sobre la copa de «La Ina». También escribió notables artículos literarios, críticos y polémicos.

Su gran afición era la literatura, y a ella consagraba los ratos de ocio. Ultimamente, preparaba una novela sobre costumbres del toreo, y según nuestras noticias, llevaba el trabajo muy adelantado. La publicación de esa obra, escrita y planeada en la madurez de su talento, hubiera constituido, seguramente, un gran éxito para Ignacio.

En el orden literario, los proyectos de Ignacio tenían el dinamismo, el impulso y la fuerza de su recio temperamento.

Con la muerte de Ignacio, han muerto también muchos personajes curiosos que le bailaban en la imaginación para irlos sacando, en su día, al escaparate literario de la comedia o de la novela.

Porque el pobre Ignacio pensaba, terminada esta última etapa taurina que se había impuesto—dando nuevo prestigio al ruedo ibérico—reanudar sus tareas literarias, en la soledad del campo.

RAFAEL "EL GALLO" SUSTITUYE A SANCHEZ MEJIAS EN GIJON
 Rafael "el Gallo" no puede asistir al entierro de su cuñado porque a la misma hora en que se ponía en camino la comitiva fúnebre tenía que salir para Gijón, para sustituir a Sánchez Mejías. Y Rafael que desde poco tiempo a esta parte le ha dado por consultar a los clásicos, dicen que iba por la carretera declamando: ¡Que haya un cadáver más que importa al mundo!



SEVILLA. Momento de dar sepultura, en el mausoleo de Joselito, al infortunado torero Ignacio Sánchez Mejías.—Foto Serrano.

de 1919, ya Ignacio consagrado como matador de toros por todos los públicos.

Ultimamente, después de unos años de voluntario retiro, al volver a la vida activa del toreo, Ignacio, no sólo había conservado intactas y sin marchitarse las cualidades innatas en el artista: valor, voluntad, entereza, arrojo, cerebro, sino que se había asimilado en sus años de espectador muchas de las buenas cosas que los estilistas habían puesto de moda en los públicos. El lance de Mejías se mostró en sus corridas últimas, lento, rítmico, cadencioso. Sus banderillas, tan impresionantes como en los años jóvenes, y para complemento, la espada, hora suprema que tantos disgustó

el toro en un sereno pase sentado en el estribo, que denotaba el deseo del torero de exponer ante el público para justificar su presencia en el cartel, por derecho propio.

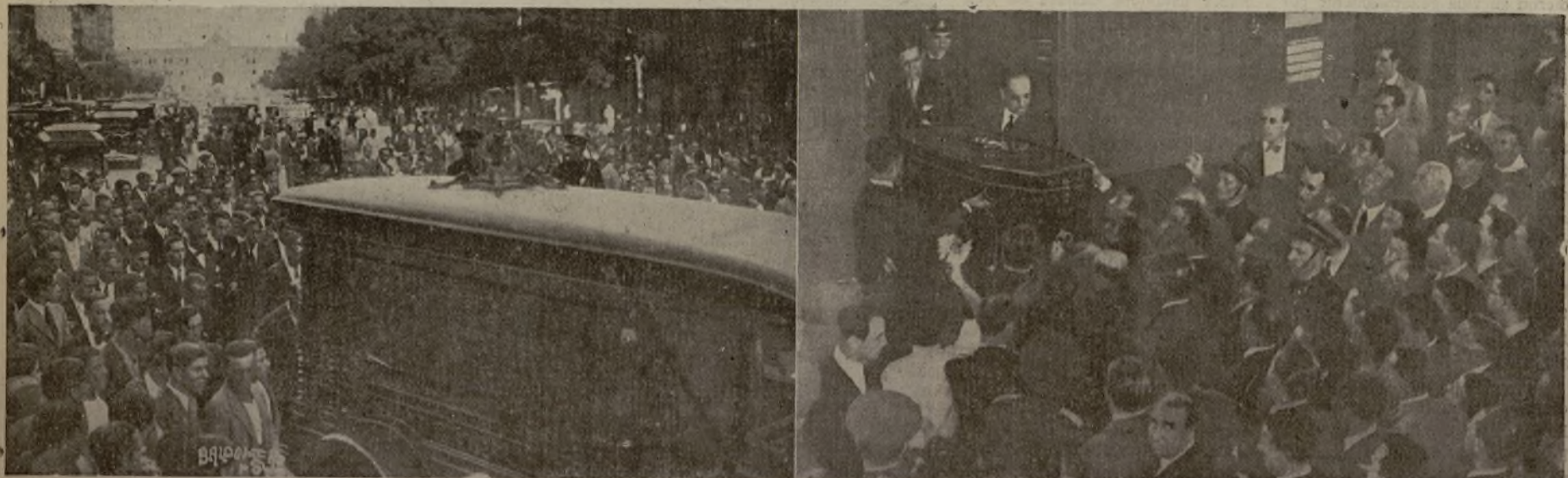
¡13 de agosto de 1934! Envuelto en la tristeza de un anochecer, enviaste herido de muerte a Madrid a un torero a quien le había reservado la historia taurina el papel de reivindicar el nombre del «valor» como condición indispensable para que perdure la fiesta, pasando sobre el cadáver de sus más admirados intérpretes. ¡Descanse en paz uno de los toreros más valientes de su época!

Imprenta de TORERIAS-Bravo Murillo, 30

Madrid, con gran éxito de crítica y de público y representada después en el Teatro Cervantes, de Sevilla. Para escribir ese drama, Ignacio llevó a cabo un detenido estudio documental de los manicomios y se pertrechó de abundantes notas en los tratados especiales de psicología analítica.

La crítica madrileña vió en esta obra un avance en las nuevas modalidades del teatro español y como una renovación, en cierto modo, puesto que, en la técnica y en el fondo, se presentaba un tema de fuerte originalidad que recordaba las orientaciones que, entonces, comenzó a imponer el dramaturgo francés Lenormand.

Intimo amigo del ganadero Fernando Villalón—hoy considerado



MADRID. El coche fúnebre que conducía los restos de Sánchez Mejías al pasar por la Avenida de la Plaza de Toros.—El momento de ser depositado el cadáver del infortunado lidiador en el furgón que había de conducirlo a Sevilla.—Foto Baldomero.

DATOS
BIOGRAFICOS

IGNACIO SANCHEZ MEJIAS

Hoy, con motivo de su muerte insospechada, no puedo menos que recordar las palabras que con él crucé el día que presidió por vez primera una Junta de la Sociedad de Matadores de Toros y de Novillos.

El que estas líneas escribe, en cumplimiento de una orden del querido amigo y director de *La Lidia*, don Adolfo Durá, se personó en una de las habitaciones del célebre colmado madrileño titulado «Los Gabrieles», donde tenía lugar ésta, y en uno de los descansos quise aprovechar la ocasión de satisfacer la curiosidad que hacía mucho tiempo me embargaba respecto a la fecha del nacimiento de Sánchez Mejías, ya que todos sus biógrafos dejaban lo mismo al referirse a este detalle.

Me acerqué en un momento que a mí me pareció oportuno a don Alejandro Serrano, apoderado suyo a la sazón, y le expuse mi deseo, contestándome este señor que ya me mandaría un librito con todos los detalles que me interesaban, y si no quería esto, que se lo preguntase a él,

que seguramente tampoco me sacaría de dudas.

Yo, terco y curioso como todo periodista taurino y no taurino, no me arredré, y aprovechando la primera coyuntura que se me vino a la mano le espeté mi deseo. El, muy amablemente, se disculpó de momento, alegando que estaba muy ocupado en aquellos instantes y que más tarde, al terminar, me complacería. Mas no fué así; al terminar—como aquella Junta, también es verdad que no terminó muy armoniosamente—cuando quiso darme cuenta ya se había esfumado Ignacio del salón.

Entonces tomé la determinación de averiguarlo sin la ayuda de ambos y escribiendo a un funcionario de Sevilla, amigo mío, le hice el encargo de que adquiriese en el Registro Civil de aquella localidad, al que pudiese corresponder, la fecha exacta del nacimiento de Sánchez Mejías, puesto que en ello tenía verdadero interés. A los pocos días recibí una nota que decía: «Mi buen amigo Rivera: Ignacio Sánchez Mejías nació el día 6 de ju-

nio del año 1891; esta fecha está tomada en el Registro Civil, directamente del libro de nacimientos, tras largos ratos de investigación y al consultar el décimo libro. Si quieres la copia de la partida, te la remitiré.»

Entonces yo, con estos datos que me merecen entero crédito, hice un artículo que se publicó en *La Lidia*, y que sirvió para disipar todas las dudas que envolvían la fecha del nacimiento del infortunado diestro y que me valieron calurosas felicitaciones de éste.

Las demás fechas, que publican los rotativos, concuerdan con las que yo conservo del mismo, que son las publicadas por el erudito maestro en estos menesteres que ha hecho famoso el seudónimo «Uno al Sesgo», y son:

Que debutó en Madrid, tras un largo aprendizaje por América, el día 7 de septiembre de 1913, con Luis Suárez (Magritas), acompañados ambos por Larita, siendo las reses de don Fernando Villalón.

Actuó como espada hasta el 21 de junio de 1914, en Sevilla, en

donde fué herido por el segundo de Carvajal, el que, al entrarle a matar, le hirió gravísimamente en el muslo derecho, con rotura de la femoral, por lo que volvió nuevamente a los palos, después de haber actuado en dicho año en 12 funciones.

Como novillero volvió a reaparecer en Sevilla el 18 de agosto de 1918, alternando con Manuel Varé (Varelito) y Domingo Uriarte, en la muerte de seis reses de Moreno Ardanuy.

Esta vez fué más afortunado, reduciéndose toda su campaña de novillero a 23 corridas y dos como sobresaliente, a más de los festivales en que actuó con su cuñado Joselito, labor ésta que le decidió a tomar la alternativa, efectuándolo en la Monumental de Barcelona el día 16 de marzo de 1919, de manos de Joselito, el que le cedió el toro «Buñolero», negro, fino y terciado, de don Vicente Martínez, siendo testigo de la investidura Juan Belmonte.

Esta temporada la cerró con la corrida de Murcia, el 26 de octubre, en la que actuó en 50 co-

rridas de las 80 que contrató, no toreando las restantes a causa de las cogidas sufridas.

Confirmó la alternativa en Madrid en la de beneficencia el día 5 de abril de 1920, de manos también de Joselito, siendo acompañados de Juan Belmonte y Varelito, con reses también de don Vicente Martínez.

En esta temporada toreó 90 corridas, estoqueando 194 reses, en la lidia de las cuales conquistó grandes triunfos por su indomable valentía.

Y como los demás detalles referentes al malogrado y famoso torero son demasiado conocidos de la afición, no hago más extenso—como quisiera—el presente artículo, y doy espacio a mis compañeros, que también lo han de menester con tanta o más razón que yo.

¡Ya no existe el culto lidiador, todo hidalguía, caballerosidad, nobleza y valor puro! ¡Sólo nos queda el imborrable recuerdo suyo y unas palabras de consuelo para los suyos

DON PARANDO

OTRA VICTIMA
DEL TOREO: JUANITO JIMENEZ

Después de veinte días de terribles sufrimientos ha fallecido en Valencia, este elegantísimo torero, legítima esperanza para el arte, víctima de tres cornadas que un novillo de Concha y Sierra le inferiera toreando la novillada de feria. Descanse en paz el infortunado torero y reciba su atribulada familia el sentido pésame de TORERIAS.—Fotos Roderó y Baldomero.

TORERIAS

REVISTA TAURINA DE GRAN INFORMACION

Redacción, Administración y Talleres: BRAVO MURILLO, 30-TELEFONO 42124

AÑO XV

MADRID, 19 DE AGOSTO DE 1934

NÚM. 750



ANTONIO POSADA

arrastran las mulillas. Por eso no torea lo que debe, porque les hace sombra a tantas figuras de doublé como padecemos hoy en la tauromaquia. Después de sus éxitos de Madrid, su nombre debiera figurar en las principales ferias españolas, pero no es así. ¡Ya figurará! ¡Los prestigios de la fiesta no se pueden borrar con una esponja!

el sevillano de puro estilo rondeño, el que mejor sabe en la actualidad LIDIAR un toro desde que sale por la puerta de los chiqueros hasta que le

PRECIO:
20 cts.